

La autoevaluación, instrumento para fortalecer la emancipación o parte de libertarismo

Self-evaluation, an instrument to strengthen emancipation or part of libertarianism

Freddy Javier Álvarez González^{1*} 

¹Universidad de Cuautitlán Izcalli, Casa de la Investigación, Cuautitlán Izcalli, Estado de México

Freddy Javier Álvarez González,
Hombre mestizo, Decano Casa de
la Investigación, Universidad de
Cuautitlán Izcalli, México

CÓMO CITAR: Álvarez González, Freddy Javier. (2024). La autoevaluación, instrumento para fortalecer la emancipación o parte de libertarismo. *Revista Brasileira de Avaliação*, 13(1), e124323. <https://doi.org/10.4322/rbaval202312043>

Resumen

Este artículo da cuenta de la opinión que le merece a su autor la autoevaluación en tanto instrumento capaz de fortalecer la emancipación o parte de libertarismo. En un contexto en que se ha de pensar la educación en relación con lo viviente y no viviente, se hace una crítica a los valores impuestos por el neoliberalismo al quehacer de la escuela y la universidad. Advierte sobre el riesgo que supone el llevar a cabo procesos de autoevaluación miméticos, descontextualizados y ajenos a las pedagogías situadas.

Palabras clave: Autoevaluación. Educación. Escuela. Universidad.

Abstract

This article gives an account of the author's opinion of self-evaluation as an instrument capable of strengthening emancipation or part of libertarianism. In a context in which education must be thought in relation to the living and non-living, a critique is made of the values imposed by neoliberalism on the work of school and university. It warns about the risk involved in carrying out mimetic, decontextualized self-assessment processes that are alien to situated pedagogies.

Keywords: Self-evaluation. Education. School. University.

RBAVAL supports efforts related to the visibility of African descent authors in scientific production. Thus, our publications request the self-declaration of color/ethnicity of the authors to make such information visible in the journal.

Recibido: Noviembre 15, 2023

Aceptado: Noviembre 22, 2023

***Autor correspondiente:**

Freddy Javier Álvarez González

E-mail: alvarezfreddy@gmail.com



Este es un artículo publicado en acceso abierto (Open Access) bajo la licencia Creative Commons Attribution, que permite su uso, distribución y reproducción en cualquier medio, sin restricciones siempre que el trabajo original sea debidamente citado.



Autoevaluarnos, ¿por qué?

La autoevaluación va cobrando fuerza en el mundo de la educación. ¿Por qué? No puede pensarse la educación sin analizar las tendencias culturales contemporáneas. Una de ellas tiene que ver con el rechazo que hacen las sociedades de hoy en día a todos los sistemas coactivos y autoritarios. La democratización y la libertad son dos fuerzas que se instalan en las mentalidades actuales. No obstante, es evidente que la Escuela y la Universidad tienen dificultades para cumplir con las promesas de democratización y libertad al mismo tiempo que sufren, "a latigazos", las consecuencias de los cambios civilizatorios.

Hoy no es fácil movilizar el quehacer escolar. Lograr la integración en la educación es muy difícil para los profesores. El individualismo, la guetización, el consumo, la casi ausente reflexión colectiva, la búsqueda de la satisfacción inmediata y la imposibilidad de tener una visión a futuro son aspectos sumamente presentes en los estudiantes de ahora. En tal contexto, las promesas reaccionarias que van en búsqueda de un pasado que nunca existió y cantos de sirena que transportan la nostalgia del orden y de la moral comienzan a ser muy comunes en gobiernos de derecha y ultraderecha. El neoliberalismo ha conseguido producir mentalidades constitutivas de nuevas subjetividades como lo indica el psicoanalista y filósofo argentino Jorge Alemán (2021) en las que la autoevaluación calza perfectamente. El individuo empresario de sí mismo, se da la ley, "se autoexplota" como lo afirma Byung-Chul Han (2010).

Con Paulo Freire (2011) nos quedó claro que la educación tiene que ser liberadora, sin embargo, la liberación ya no tiene adeptos, ahora la apuesta es por la libertad individual. Hemos sustituido la crítica y la emancipación por "haz lo que tú quieres". Pero hay un aspecto que se ha erigido como fundamental en nuestras sociedades y es el rompimiento de los sistemas coercitivos, la autorregulación del mercado, al mismo tiempo que se imponen sistemas de vigilancia y autocontrol (Zuboff, 2020). En otras palabras, mientras los sistemas se desploman y nadie se atreve a proponer estándares, cobran fuerza los instrumentos de autoevaluación y todos los sistemas de digitalización que nos convierten en tiranos de nosotros mismos. Paradójicamente, la situación global tiende a ser muy reaccionaria y el autoritarismo es la gran nube que se posa sobre la cabeza de una humanidad sometida a la contingencia, la ambigüedad y la incertidumbre.

Así, por un lado, tenemos el mensaje de la política ultraderechista de retorno a la autoridad poniendo en cuestión todo el discurso de los derechos y al mismo tiempo el discurso del libre mercado neoliberal triunfa con el fortalecimiento de una subjetividad que recurre a la narrativa, ciertamente no nueva, del alumno rey. Este nuevo estudiante es sometido a procesos de infantilización, el capricho de compras inútiles, al mismo tiempo que se le sujeta a "reglas de adultos inconstantes".

Las finalidades de la educación han dado paso a las modalidades. Tenemos que recordar que las tecnologías y la inteligencia artificial, los modelos, las prácticas, la organización de clases heterogéneas, la internacionalización, los cursos en línea, y muchas otras modalidades, deben ser examinadas de acuerdo a los objetivos. Así como las modalidades se vuelven obsoletas, los objetivos deben ser reformulados, sin embargo, hay objetivos que si son negados, la escuela y la universidad como instituciones pierden su sentido. Luego, hay objetivos que debemos reafirmar. La escuela y la universidad se establecieron para que las sociedades y las personas aprendieran cosas importantes. Pero sobre todo, y suscribiendo lo dicho por el pedagogo francés Philippe Meirieu (2020) la escuela y la universidad están para aprender juntos. Así, debemos tener el coraje de crear modalidades diseñadas para aprender juntos.

Frente a la pregunta, ¿para qué autoevaluarnos? no podemos caer en respuestas mágicas o lugares comunes. Es muy fácil que los especialistas con la estadística pretendan hacer pasar como científicas las pruebas de autoevaluación. Lo cierto, es que tal como pensaba Freire (2011) "la educación es un acto político" lo cual es un hecho constatable. La autoevaluación involucra al sujeto y al hacer parte de la educación, esta se encuentra más allá del estatuto científico porque involucra valores y visiones de mundo. No todas las formas de autoevaluar son iguales, algunas permiten autoevaluarnos para un mundo en el que nos seguimos creyendo el centro del universo. Otras nos hacen creer que solo accedemos al mundo por el



pensamiento. Algunas más nos colocan en un teatro donde todo lo que ocurre en la educación depende de cada uno de nosotros. Muchas formas de autoevaluación nos desplazan de lo real por lo que sería muy desafortunado que aquella se desarticulara de la necesidad de emanciparnos de nuestros prejuicios, de las creencias, incluso de nuestros modelos de pensamiento.

Medir lo intangible o el problema de lo importante

La competencia entre personas es uno de “los grandes resultados” de las sociedades neoliberales. Ser mejor que el otro y estar por encima de los demás, hace parte del aspiracionalismo de la juventud contemporánea. No serlo, como nos suele pasar a la mayoría, nos hace caer en una gran y extendida depresión. El ideal de ser mejor es fácilmente manipulado por medio de la promoción de la aparente riqueza, o de la imitación de la vida de los famosos. El consumo es algo que contribuye a no sentirnos fuera de la carrera por el reconocimiento, de no quedar fuera de aquello que aparenta ser el éxito y la felicidad.

¿Qué diferencia hay entre “ser mejor que los otros” y “mejorar sin compararte”? Básicamente nos liberamos de la presión. No obstante, el esfuerzo se sostiene sin mirar para ningún lado. Podemos aceptar que evaluarnos a nosotros mismos nos saca de la competencia cruenta y nos pone en el carril de luchar contra nuestra persona en el mejoramiento continuo. Las instituciones son secuestradas por la hegemonía de las evaluaciones. Así, las escuelas y las universidades quedan atrapadas en el paradigma resultadista. Todo lo que hacemos se convierte en cuantificable y medible. ¿Cuántos estudiantes pasan la prueba PISA? ¿Cuántos logramos internacionalizar? ¿Cuántos egresados tienen trabajo? ¿Cuántos hacen parte del abandono? ¿Cuántos tienen ansiedad? El número, creemos, es la realidad.

Con las evaluaciones llegó el pilotaje y, por consiguiente, el pilotaje de resultados. Que algo esté mejorando es porque hay manifestaciones reales y comprobables. No es que no importen los resultados ya que si de pronto nos percatamos de que la ansiedad no era cuestión de unos pocos, estamos obligados a hacernos las preguntas correctas a fin de implementar programas indispensables para atenderla. Sin la pregunta por los resultados no se puede saber de qué modo la relación entre la educación superior y el trabajo se viene desmoronando desde hace algunas décadas. No por culpa de la educación sino de las crisis y mutaciones del capitalismo que afectan mucho más a las instituciones educativas cerradas y sin capacidad de cambio. En efecto, siempre vamos a necesitar interpretar a partir del número. Empero, la obsesión que ha llegado con las tecnologías digitales y su imaginario de eficiencia, impone la idea de que todo ha de ser demostrable por medio de datos medibles. Sin embargo, sabemos que los resultados reales en educación no son inmediatos ni directamente observables.

Los resultados son necesarios en los entrenamientos. Podemos entrenar a estudiantes para competencias en matemáticas, producción de prototipos, pruebas de razonamiento abstracto, etc. En tanto que entrenamiento, tenemos un objetivo que es competir y ocupar un buen lugar en la competencia. No pasa lo mismo en la educación, aunque hagamos pruebas piloto, ponemos en juego valores en los diversos proyectos. Así, un proyecto integrador al incluir el trabajo colaborativo, cuestiona aspectos diferentes a los de un entrenamiento para competir. Además, es más fácil equivocarnos cuando confundimos el aprendizaje con el resultado. Muchas veces se puede obtener el resultado sin aprender y aprender sin un buen resultado, lo cierto es que lo central en la educación es aprender con otros y otros. Cuando se trata de entrenar, el error es penalizado, cuando estamos en un ambiente de aprendizaje, el error está integrado en la experiencia de aprender.

Al competir o hacer una tarea, recibimos consignas, tenemos objetivos, disponemos de recursos, tenemos reglas. La competición puede limitarse a identificar reproducciones miméticas, incluso se puede tener muy claro las habilidades requeridas, establecer los roles y los tiempos. La educación pone atención a la manera como los estudiantes entran en juego, es decir, descifra imágenes, representaciones que salen a relucir dentro de un grupo. Cuando educamos nos fijamos en el proceso, no en los resultados, reducir un proceso a la producción de indicadores numéricos, es una locura.



Por último, en las tareas no está implicado sólo lo que vemos o lo que podemos medir. La motivación, el carácter, la empatía; son muchos los aspectos que están puestos en juego en alguna actividad. Cualquier trabajo que hagamos, siempre comprende una serie de dimensiones inmateriales, tal como lo señala Christophe Dejours (2003), filósofo especialista en el análisis del trabajo. Obviamente que a esas dimensiones inmateriales no se les puede adjudicar un valor numérico. Que un estudiante hable en público, escriba un poema, participe en una obra de teatro, no es cuantificable. Quién de nosotros puede medir la capacidad de asombro de un estudiante al contemplar una pintura de Van Gogh. Qué valor tiene el que un estudiante pueda hacer algo que antes desconocía. Cuánto vale una sonrisa. Todas estas son dimensiones inmateriales con mucho valor pero a las que no podemos medir.

¿Inventamos o acomodamos?

La mayoría de objetos que circulan en las escuelas y universidades no fueron creados por nosotros, los compramos y los utilizamos. Solemos implementar sistemas que vienen de otros países como si no fueran diseñados a partir de contextos específicos. ¿Por qué lo hacemos? Uno de los motivos es que lo nuevo aparece como parte del desarrollo, y todos queremos ser desarrollados. Otra razón es que las modas transitan libremente en la educación sin que haya necesidad de hacernos muchas preguntas. Las comparaciones de las que hablamos anteriormente son también una motivación para adoptar lo que no comprendemos, no nos sirve, o no sabemos cómo usar de mejor manera.

Por lo regular nos enfocamos más en la forma en cómo pensamos y nos ponemos en contacto con la realidad. La realidad es lo que está fuera de nosotros. Desconocemos las ontologías pues de hecho sabemos casi nada de los objetos. Nos equivocamos cuando aseguramos que los objetos son aquello que pensamos sobre ellos. La mayoría de cosas pasan inadvertidas sin que las pensemos, tal como lo señala Graham Harman (2015). Tal situación provoca muchos errores. Los instrumentos de autoevaluación ya han sido diseñados y todos corresponden a programas tecnológicos, mismos que fueron creados para una cultura específica, y con objetivos determinados y contextuales. Podemos seguir el ejemplo de Finlandia o de Corea del Sur, pero no somos ninguno de estos países. Podemos querer formar estudiantes con excelentes habilidades pero si no estamos dispuestos a discutir los métodos e instrumentos, caemos en un gran absurdo. En contradicciones irreconciliables como aplicar instrumentos con objetivos colaborativos pero que en realidad conducen a evaluaciones que generan una competencia feroz o bien, combatir el individualismo craso con instrumentos que producen individualismo social.

Cualquier instrumento que busquemos implementar para la autoevaluación, no debe limitarse a medir. El instrumento tiene que hacer parte de un proyecto social educativo, que nos permite saber cuáles son las herramientas o métodos que ayuden a andar el propio camino. En consecuencia, de acuerdo a nuestra propia inventiva debemos preguntarnos si hay instrumentos de otros lugares que, además de inspirarnos, nos pueden ayudar. Hay muchos aspectos que no son transferibles, por eso tenemos que hacer *pedagogías situadas*.

Ciertamente, no hay recetas infalibles. Las herramientas de evaluación y autoevaluación son de gran ayuda, pero nos equivocamos si creemos que al funcionar en un lugar pueden funcionar en otros. Tampoco esperemos que la herramienta haga aquello para lo que no fue diseñada. La autoevaluación puede darnos elementos para mejorar los aprendizajes pero no es el modelo de aprendizaje. El hecho de que algo nos guste no quiere decir que lo conozcamos y controlemos. Evitemos que la autoevaluación se convierta en un mecanismo de control. No se trata de pasar del control externo al control interno por medio de la autoevaluación. La educación pública y privada no pueden renunciar a la búsqueda de la verdad, a la emancipación, a la educabilidad para todas y todos. Tengamos cuidado con las tentaciones liberales que nos asaltan por todos lados y nos conducen al abandono del proyecto utópico que sostiene los fundamentos de la escuela y la universidad pública.



¿Qué puedo evaluar por mí mismo? o el encierro del caracol

Evaluar o autoevaluar es medir, y medir es enumerar, pues cuando digo mucho, poquito o bastante, parece un chiste romántico. Ya sabemos desde Heisenberg (2019, p. 59) que “medir es siempre decir yo mido” lo cual nos vincula con todo lo que medimos porque el objeto que medimos es intrínseco al sujeto, lo cual hace que salten por los aires *los cuatro ídolos de Bacon*, y la separación cartesiana de la *Res extensa* de la *Res cogitans*. Sin embargo con la ontología orientada a los objetos de Harman (2015) sabemos que mientras escribimos esto, no sabemos nada de los átomos y sus partículas que no dejan de moverse en la materia inorgánica, y que por no viviente considerábamos que no tenía movimiento; de los fotones que me permiten ver lo que estoy escribiendo, de un submarino averiado que se da la vuelta en la profundidad del mar o del tiburón que persigue al atún, sin que yo tenga nada que ver en eso. O también como lo señala Timothy Morton (2019), del calentamiento global que continuará durante 200 mil años, o la sexta extinción que aniquilará a gran parte de la humanidad y la botella de plástico que nos sobrevivirá.

En efecto, poco conocemos sobre lo que llamamos realidad, así como casi nada sabemos sobre lo que es aprender. Las neurociencias nos pueden indicar dónde suceden las cosas pero no nos dicen cómo suceden. Luego, ¿qué puede saber un estudiante sobre su propio aprendizaje? Personalmente tengo muchas dudas cuando escucho la palabra “mejorar” porque me recuerda la palabra “progresar” que tanto daño ha causado. Cuando veo el mundo que construimos, pienso que era mejor haber desistido del progreso.

El aprendizaje es una caja negra. Quizás un estudiante que se autoevalúe consiga saber qué no le permite aprender, o qué le ayuda a aprender, pero dudo que llegue a saber ¿qué es aprender? No hay nada más ridículo que considerar el aprender como guardar información o el pensar como la acción de resolver problemas según lo definió Alan Turing, creador de la computadora. Siempre es fecunda la interrogación sobre los procesos, no obstante, un estudiante no tiene la preparación científica sobre estos procesos, porque incluso la ciencia los desconoce a pesar de su permanente repetición del gesto de Víctor Frankenstein. Tampoco porque el estudiante se autoevalúe llega a convertirse en el centro de la educación.

Antropológicamente la educación nunca puede superar la necesidad de adulto como quien garantiza el acceso al mundo, debido al carácter de vulnerabilidad que nos constituye como seres humanos. La idea del estudiante centro de su propio aprendizaje no es nueva. Queremos ser centro cuando nos enfrentamos a la educación tradicional que nos impone saberes dentro de marcos estructurados como la escuela o la universidad. Pero nadie puede negar que nadie aprende a nadar por otro, nadie toma la palabra por otro, el aprendizaje de las matemáticas no lo puedo hacer por otro. Aun así, hay alguien que nos enseña cómo hacerlo, y los espacios seguros donde podamos equivocarnos, son indispensables. Cuando estudiamos requerimos de obstáculos supervisados para pasar de la suma a la multiplicación, de la geometría al diseño, del sentido común a las explicaciones demostradas. En otras palabras, la educación oscila entre el haz como tú quieres y el haz como yo quiero, y en esta tensión acontece el acto educativo. Luego no hay aprendizaje sin enseñanza, y sin el obstáculo no pasamos de una etapa a otra.

El filósofo Jean-Luc Nancy (2009), discípulo de Derrida, insistió en que la enseñanza universitaria no debería transmitir un saber sino la relación con ese saber. Transmitir saberes es condenarlos a la obsolescencia que sucede aceleradamente. La relación con el saber es de precisión, justicia y verdad. Velar cómo es la relación con el saber, será de gran importancia para la autoevaluación.

La autoevaluación al servicio del aprendizaje no puede dejar de lado el que todas las disciplinas tienen sus sitios de validación. Saber biología o arte tiene sus propios espacios y criterios de evaluación. Cada disciplina cuenta con sus propios criterios de referencia. La epistemología de referencia comprende el estatuto de la prueba y esa prueba es diferente y singular para cada disciplina. Los desvíos que podemos hacer son del orden del aprendizaje por medio del obstáculo cognitivo y de la historia de cada disciplina en la perspectiva de un proyecto.



Otro asunto importantísimo en la autoevaluación tiene que ver con las emocionalidades y los modos de gestión. Hoy los medios de comunicación se dirigen a individuos emocionales. La política de ultraderecha exagera el miedo y el odio. La emocionalidad de la esperanza está condenada a muerte. Referirnos a las emocionalidades no es dejar de lado los saberes. Spinoza (1988) señaló la relación entre ideas, afectos y afectaciones, idea similar que han corroborado las neurociencias. El psicólogo argentino Enrique Pichón Riviere (1995) dice que en un grupo de 3 ó 4 personas siempre vamos a encontrar dos aristas, una de ellas es el grupo que existe a partir de una tarea y otra, el grupo constituido como un círculo de afectos, aspecto que ayuda u obstaculiza la tarea. No podemos hacer economía de las emociones, ellas son necesarias, nos acompañan permanentemente.

A manera de conclusión

Quizás la pregunta más importante para la educación es el futuro, para algunos ya comprometido por el uso de la Inteligencia Artificial, el calentamiento global, la incertidumbre, la inconsistencia y la ambigüedad. El piso de todo se ha diluido. Hoy más que nunca tenemos que pensar la educación en relación con lo viviente y no viviente. Lo tenemos que hacer cuando ya no hay más tiempo. Sabemos que sobrevivir no es vivir, ahora necesitamos demostrar qué aprendimos, y en ese orden de ideas, la autoevaluación puede suponer la mejor herramienta para iniciar la transición.

Fuente de financiamiento

No hay

Conflicto de intereses

No hay

Referencias

- Alemán, Jorge. (2021). *Nosotros en la época. La época en nosotros*. Barcelona: NED Ediciones.
- Dejours, Christophe. (2003). *L'évaluation du travail à l'épreuve du réel. Critique des fondements de l'évaluation*. Paris: INRA Éditions.
- Freire, Paulo. (2011). *La educación como práctica de la libertad*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Han, Byung-Chul. (2010). *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder.
- Harman, Graham. (2015). *Hacia el realismo especulativo*. Buenos Aires: Caja Negra Editora.
- Heisenberg, Werner. (2019). *Nuclear physics*. New York: Philosophical Library.
- Meirieu, Philippe. (2020). *Pedagogía: el deber de resistir*. Azogues: Editorial UNAE.
- Morton, Timothy. (2019). *Humanidad. Solidaridad con los no-humanos*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Nancy, Jean-Luc. (2009). *La verdad de la democracia*. Madrid: Amorrortu Editores.
- Pichón Riviere, Enrique. (1995). *El proceso grupal*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Spinoza, Baruch. (1988). *Tratado de la reforma del entendimiento*. Madrid: Alianza Editorial.
- Zuboff, Shoshana. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder*. Barcelona: Ediciones Paidós.